

Josefina Vicens

VOZ VIVA DE MÉXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO
INSTITUTO DE CULTURA DE TABASCO



ict
instituto de cultura de tabasco

DR © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural / Dirección de Literatura / Voz Viva
Impreso y hecho en México

Presentación

Una obra literaria sólida, trascendente y breve, brevísima, apenas dos libros, es la contribución de Josefina Vicens a las letras mexicanas. Con una distancia de más de veinte años entre una publicación y otra, la autora nos entrega en 1958

El libro vacío, novela intensa, que como el mejor de los vinos, al paso del tiempo se ha ido colocando en un sitio cada vez más destacado dentro del panorama nacional. En 1982 aparece *Los años falsos*, libro de no muchas páginas, pero de una enorme complejidad en el tratamiento de las relaciones humanas.

Josefina Vicens ha dicho siempre que considera a *El libro vacío* como escritura autobiográfica, la necesidad de escribir que impulsa la mano, esa carencia, dice Vicens, de temas trascendentes:

¿Qué puede contar de su vida un hombre como yo? Si nunca, antes de ahora le ha ocurrido nada. Y lo que ahora le ocurre no puede contarlo porque precisamente eso es lo que le ocurre: que necesita contarlo y no puede.

Sin embargo, la magia del libro estriba en que en la aparente nimiedad de lo que se dice, de los grises actos de la vida de su personaje, José García, en ese aparente no pasar nada, la vida se diseña con maestría. *El libro vacío* tiene el acierto de tratar una serie de preocupaciones que han aquejado y siguen aquejando al hombre, cada quien dentro de la pequeñez de su ámbito vital. Pero escribir de lo trascendente presupone el enorme peligro del estereotipo, del arquetipo, de fabricar una voz apenas revestida de la humanidad suficiente que le permita al personaje pasearse por las páginas del libro hablando o meditando sobre la vida, la muerte, el amor. En este caso, el peligro de convertir al héroe (¿antihéroe?) en un vocero del autor que mueve los hilos queda eludido por completo. Quien habla, quien escribe, quien se duele o goza es José García, un José García que

Aline Pettersson

puede en cualquier momento tocar la puerta de Josefina Vicens o la de cualquier lector que tenga la fortuna de tener el libro entre sus manos, para conversar y compartir inquietudes mutuas:

¿Qué absurdo, Dios mío, qué absurdo! Si el libro no tiene eso, inefable, milagroso, que hace que una palabra común, oída mil veces, sorprenda y golpee: si cada página puede pasarse sin que la mano tiemble un poco; si las palabras no pueden sostenerse por sí mismas, sin los andamios del argumento; si la emoción sencilla, encontrada sin buscarla, no está presente en cada línea, ¿qué es un libro? ¿Quién es José García? ¿Quién es ese José García que quiere escribir, que necesita escribir, que todas las noches se sienta esperanzado ante un cuaderno en blanco...

Quizá el libro tenga un trasfondo autobiográfico, pero José García suave, sordamente, como realiza cada uno de los actos de su vida, se despoja de la cadena de tinta con la que la escritora pretendía sujetarlo, para adquirir autonomía y hablar de él, José, desde su particular punto de vista.

El libro vacío intranquiliza, porque su lectura es capaz de despertar tan diversos comentarios, que lo acercan, según cada lector a tendencias y movimientos intelectuales aparentemente no relacionados entre sí. Entonces, aquello que se destaca es la imposibilidad de permanecer al margen. Josefina Vicens logra que la gente se identifique con él, que se sienta tan próxima que, de alguna manera, suponga que en cada caso particular existe una comunicación subterránea de quien lo aborda con la autora, como si el libro, misteriosamente, hubiera sido escrito teniendo a cada uno de sus lectores en mente.

El lenguaje de Josefina Vicens es parco, casi sin adjetivos, desnudo de adorno, desnudo de un complicado juego retórico o de una búsqueda formal muchas veces vacua. Lo que

dice, lo dice de la manera más sencilla, más directa, más efectiva. Y porque lo que se dice es en sí mismo suficiente, no existe la necesidad de malabarismos. Sí, en efecto, en *El libro vacío* pareciera que nada sucede, que una vida tan gris y tan pequeña no proporciona el material para la elaboración de un libro. Esa, al menos, es la opinión de José García, quien hurga en su memoria, en su experiencia, aquello que le permita escribir su tan ansiado libro, aquello que le permita justificar su tránsito por el mundo. Busca y busca sin encontrar sosiego, sin encontrar el tema, sin encontrar las palabras, y en esa búsqueda el tiempo sigue su curso hasta advertir que: "así deseando que pase el tiempo para que pasen también los problemas diarios que nos agobian, nos encontramos un día con que ha pasado nuestro tiempo".

José García no encuentra, no encontrará nunca, pero para el lector que se acerca al libro, el resultado es muy otro, encontrará en abundancia las razones que justifiquen su lectura, el gozo de transitar por las páginas del libro.

Con ese mismo lenguaje escueto, árido, Josefina Vicens emprende la tarea de escribir *Los años falsos*, a partir de la vida trastornada de un adolescente. A través del punto de vista de este joven, a quien la fortuna le despoja del transcurso lógico de sus primeros años, para revestirlo de otros años, de otras circunstancias, hasta de otras memorias, la escritora se interna en los vericuetos que subyacen a los actos humanos, en aquellos deseos, en aquellas pasiones que el barniz externo del hombre pretende recubrir con tanto cuidado. Pero en la más pulida superficie siempre puede abrirse una grieta que descubra el horror de la conciencia. Luis Alfonso Fernández por un azar cambia el sitio que tiene asignado en la vida frente a los seres que lo rodean. Como en un cruel calidoscopio, las figuras se han movido para sustraerlo del eje apacible que antes lo impulsara. Luis Alfonso asume su papel, pero a qué costo. Todo gira y lo lanza sin salvación posible en otras direcciones, que debe hacer suyas, mientras hace a un lado las que en verdad le corresponden:

Cómo reíamos antes, cuando solamente éramos tú y yo, rodeados de todos los demás. Nadie entraba. Y yo, desde adentro siempre, no podía percibir que si a nadie permitías la entrada era para que yo permaneciera mientras tú te salías.

En *Los años falsos* la vida y la muerte se entremezclan con maestría, sus bordes se disuelven y en esta ambigüedad tan dolorosa, modifican los sentimientos, el hijo que se torna el padre, el esposo, el amante fogozo de los seres que hace un tiempo formaban su entrañable entorno infantil. El joven es despojado de la brevedad de sus años para ser arrojado al abismo de un mundo que no le corresponde y del que no puede escapar:

Un día cualquiera, por algo que sucede o por alguien que lo ordena, uno deja de ser lo que era. Deja de respirar o sigue respirando. Es igual. Otros miden el cuerpo,

lo colocan en una caja negra con forros de raso blanco, lo meten en una fosa honda y lo cubren de tierra. O miden el cuerpo, lo visten con un traje de luto, lo llevan a un sitio extraño y ahí lo dejan, a la intemperie. Allá abajo el cuerpo espera quieto también, sorprendido, atemorizado, invadido, pero no se transforma ni se aniquila: permanece igual y ya no es igual.

Y en este minucioso internarse por los caminos tortuosos de una conciencia herida mortalmente por una bala, Josefina Vicens examina con lucidez los secretos y turbios manejos de la vida de la política, ese otro discurso que nada tiene que ver con el rígido discurso público, el discurso que se efectúa en medio de un juego de dados, en el denso aire de una cantina, tras la puerta cerrada de una casa de citas, o en el comedor mismo del hogar de Luis Alfonso Fernández:

Nunca he podido reconstruir la escena completa. Veo el comedor de la casa, la mesa, los platos y las botellas de cerveza. Te veo a ti y a tus amigos, muy contentos. Después, fugazmente, te recuerdo con la Colt pavonada en la mano, mostrando con orgullo tu adquisición. Luego el estallido. Y no recuerdo más.

Pero existen otras palabras soterradas, como soterradas son las palabras del personaje, sin aire, tan lúgubres y enlameadas como lápidas de cementerio, aunque la tumba que Luis Alfonso visita esté adornada con los brillantes colores de una bugambilia. Existen otras palabras y otros silencios:

Tal vez el estar muriendo sea un rumor que pueda no oírse, pero el morir es un silencio que tiene que ser escuchado.

Con esta pequeña obra, Josefina Vicens abre un amplio espacio en la literatura contemporánea mexicana. La autora, comprometida con su labor escritural, de una manera severa y autocrítica, ha estado comprometida apasionadamente con el oficio de vivir. Si son sólo dos sus libros, sus actividades abarcan un amplísimo rango a lo largo de los años. Nacida en Villahermosa, Tabasco, el 23 de noviembre de 1911, desde una edad muy temprana empezó a trabajar, por lo que sus estudios formales fueron abandonados muy pronto. Su espíritu inquieto la hizo abrazar las causas sociales. Si es cierto que algunas de sus actividades se han efectuado a la sombra de un puesto público, no ha sido nunca el deseo de hacer carrera política lo que la ha movido, sino —luchadora nata— ha dedicado su energía en pro de los derechos humanos, en el Departamento Agrario, en la Confederación Nacional Campesina o, como cineasta, entre tantas cosas.

Además de la literatura, Josefina Vicens ha tenido dos grandes pasiones más en su vida: los toros y el cine. En cuanto a los toros, trabajó incluso en una publicación periódica donde firmaba bajo el pseudónimo de "Pepe Faroles". Vicens

habla de la fiesta taurina como de una actividad metafísica en la que el hombre se atavía con todo lujo y se prepara a encarar su cita con la muerte. La vehemencia de la escritora la hace amar el arte que extiende su tensión hasta las fronteras mismas del aniquilamiento. Retozar con la muerte en una danza toda belleza, toda precisión, jugar con ella, en ella, la vida, como en un magnífico tiro de dados. Para Josefina Vicens la vida es riesgo, es arrojarse, la vida es arte; y la esencia del transcurso del tiempo de cada quien se sintetiza en la tauromaquia. Y porque es mujer temeraria, ama esa entrega temeraria.

Josefina Vicens ha sido una figura importante en la historia del cine mexicano. Ha escrito un número grande de argumentos, muchos de los cuales han sido premiados con el "Ariel"; tal es el caso de *Los perros de Dios* y *Renuncia por motivos de salud*. Fue presidenta de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas. En la actualidad es miembro vitalicio del Sindicato de la Producción Cinematográfica en donde ocupa un importante cargo ejecutivo.

Pero no son las distinciones o las preseas las que impulsan a la escritora. *El libro vacío* recibió en 1958 el premio "Villaurrutia", y *Los años falsos* le valió el "Juchimán de plata" de su natal Tabasco. Lo que alienta a Josefina Vicens es un feroz deseo de tomar la vida por las riendas, con la pluma o con los actos, y si nos entrega una obra intensa, bien estructurada, pero breve, es porque se ha dedicado por completo al oficio de vivir, porque ha dedicado su tiempo, su fuerza, su pasión, a las causas por las que ha creído necesario luchar.

Josefina Vicens ha escrito poco y ha amado mucho. Su obra literaria, *El libro vacío* y *Los años falsos*, es sólo una parte de su rica y compleja vida. Sin embargo, estos dos libros le han forjado un merecido y destacadísimo sitio en las letras mexicanas.

Introducción

Lado A
22' 13''

El libro vacío me ha dado grandes satisfacciones. No soy una escritora nada fecunda, tengo dos libros y a mi muy avanzada edad, pero *El libro vacío* es un poco autobiográfico. Todo lo que se relaciona con el deseo, la necesidad de escribir y la conciencia de que lo que se diga no va a tener una trascendencia, no es nada importante, eso me ocurre a mí. Mi deseo de escribir, mi necesidad de escribir es absoluta, es inexorable. Ahora, el resultado, yo sé perfectamente que no va a trascender; será un buen libro, ha tenido buena crítica, sacó el premio "Villaurrutia", incluso, pero yo nunca estoy satisfecha y no es por una ambición de ser gran escritora, no, es porque siempre pienso que podía haber dicho, que podía haber hecho otra cosa, tanto que cuando me entregaron las primeras galeras de *El libro vacío* corregí una cantidad enorme de cosas, pedí otras, me las dieron, pedí otras y entonces ya me dijo el editor ¿no?, en realidad...: "Bueno, ¿pues usted cree que el plomo no cuesta dinero, o qué? No le doy nada más". Entonces, yo me puse de acuerdo con el corrector de pruebas y le dije: "Por favor, yo vengo a las cinco de la mañana y me da usted unas galeras". Lo hizo una vez y luego me dio un consejo muy bueno que me ha ayudado después para el otro libro y demás, me dijo: "Mire, su libro me gusta, no lo siga corrigiendo porque se le va a secar". Yo sentí que decía la verdad.

Me han preguntado también que por qué siempre utilizo, manejo personajes masculinos. Esa pregunta no la entiendo, porque yo no entiendo que haya literatura femenina y literatura masculina. No puedo entender eso. Hay buena literatura o mala literatura. Dicen también, alguien me ha dicho, que no le doy importancia a la mujer, por ejemplo en *El libro vacío*, que ni siquiera tiene nombre la mujer. Sin embargo es la mujer la sabia, la que en un momento dado hace las cosas, las que deben ser, y no es que sea dureza, es que ella sabe que eso

Josefina Vicens

es porque la mujer evidentemente es mucho más sabia que el hombre en muchas cosas. Entonces, yo sí creo que en *El libro vacío* la mujer tiene mucha importancia aunque ni siquiera le haya yo puesto nombre.

Es un deleite tan doloroso escribir, es un deleite tan íntimo, que no puede compartirse.

Ocurre también algo que es tan sorprendente para el autor. Por ejemplo, en *El libro vacío*, que es al que nos estamos refiriendo, yo pensaba que Lorenzo el hijo pequeño se iba a morir, tanto es así que lo describo enfermizo, que los huesitos se le veían y todo eso. Lorenzo, sin darme yo cuenta propiamente, fue cobrando una vida, una vida con su imaginación, con su forma de ser misteriosa del chamaco y todo eso, que cobró mucha más vida que José el hijo grande, y sencillamente no lo pude matar, y no lo quise matar y no pude matarlo. Es decir que los personajes cobran de pronto una fuerza que por ellos mismos se manejan. Lorenzo me indicó que no se iba a morir, que no quería morir. Y yo me quedé sorprendida; dije: "¡Pero si yo iba a matar a este personaje! Pero no, es que no, no". Una vez me preguntaron también: ¿Qué es para ti la literatura? Yo pensé en la hoja en blanco y le dije: "el infierno blanco", porque es que ve uno la hoja en blanco y no sabe, no sabe verdaderamente qué va a hacer, que va a salir, malo, bueno, a disgusto de uno, a gusto. Y además del infierno blanco, puedo decir que es el deleite, el deleite mayor, el más íntimo para el escritor.

Ojalá les gusten los párrafos que tan admirablemente ha leído mi muy querida amiga, magnífica actriz Aurora Molina, a quien le agradezco sinceramente esta cooperación. Y agradezco también a las personas que eligieron mi libro, que me hicieron ese honor, para este disco.

Gracias

El libro vacío

No he querido hacerlo. Me he resistido durante veinte años. Veinte años de oír: “tienes que hacerlo...”, tienes que hacerlo”. De oírlo de mí mismo. Pero no de ese yo que lo entiende y lo padece y lo rechaza. No; del otro, del subterráneo, de ese que fermenta en mí con un extraño hervor.

Lo digo sinceramente. Créanme. Es verdad. Además, lo explicaré con sencillez. Es la única forma de hacérmelo perdonar. Pero antes, que se entienda bien esto: uso la palabra perdonar en el mismo sentido que la usaría un fruto cuando inevitablemente, a pesar de sí mismo, se pudriera. Él sabría que era una transformación inexorable. De todos modos, creo yo, se avergonzaría un poco de su estado; de haber llegado, cierto que sin impurezas originales, a una especie de impureza final. Es algo muy semejante, muy semejante.

Al decir “hacérmelo perdonar”, me refiero al resultado, pero no al tránsito, no al recorrido. Hay algo independiente y poderoso que actúa dentro de mí, vigilado por mí, contenido por mí, pero nunca vencido. Es como ser dos. Dos que dan vueltas constantemente, persiguiéndose. Pero, a veces me he preguntado: ¿quién a quién? Llega a perderse todo sentido. Lo único que preocupa es que no se alcanzen. Sin embargo debe haber ocurrido ya, porque aquí estoy, haciéndolo.

¡Ah, quisiera poder explicar lo patético de este enlace! No sé si es esta mitad de mí, ésta con la que creo contar todavía, ésta con la que hablo, la que, agotada, se ha sometido a la otra para que todo acabe de una vez, o si es la otra, esa que rechazo y hostigo, ésta contra la que he luchado durante tanto tiempo, la que por fin se yergue victoriosa.

No sé, de todos modos es una derrota. Pero tal vez una derrota buscada, hasta anhelada. ¿Cómo voy a saberlo ya? Sé que solamente bastaría un momento, éste, o éste, o éste... cualquier momento. Pero ya han pasado varios; ya han pasado los que gasté en decir que podrían ser los finales. Bas-

taría con no escribir una palabra más, ni una más... y yo habría vencido.

Bueno, no yo, no yo totalmente; pero sí esa mitad de mí que siento a mi espalda, ahora mismo vigilándome, en espera de que yo ponga la última palabra; viendo cómo voy alargando la explicación de la forma en que podría vencer, cuando sé perfectamente que el explicar esa forma es lo que me derrota.

No escribir. Nada más. No escribir. Ésa es la fórmula. Y levantarme ahora mismo, lavarme las manos y huir. ¿Por qué digo huir? Simplemente irme. Tengo que ser sencillo. Debo irme. Así no tengo que explicar nada. Debo poner un punto y levantarme. Nada más. Un punto común y corriente, que no parezca el último. Disfrazar el punto final. Sí, eso es. Aquí.

Eso es, pero ¿para quién? Deseo aclarar esto. (Es sólo un pequeño, momentáneo retorno, después me iré.) Yo no quiero escribir. Pero quiero notar que no escribo y quiero que los demás lo noten también. Que sea un dejar de hacerlo, no un no hacerlo. Parece lo mismo, ya sé que parece lo mismo. ¡Es desesperante! Sin embargo, sé que no es igual. Por lo contrario, sé que es absolutamente distinto, terriblemente distinto. Porque el dejar de hacerlo quiere decir haber caído y, no obstante, haber salido de ello. Es la verdadera victoria. El no hacerlo es una victoria demasiado grande, sin lucha, sin heridas.

¡Ahí está otra vez! Es lo que pasa siempre. Después de escrita una cosa, o hasta cuando la estoy escribiendo, se empieza a transformar y me va dejando desnudo. Ahora pienso que lo importante, lo valioso sería precisamente no hacerlo. Esa lucha, esas heridas de que hablé antes tan... ampulosamente, no son más que el escenario y el decorado de la actitud.

¿Para qué voy a emprender una batalla que quiero ganar, si de antemano sé que no emprendiéndola es como la gano? Es mucho más fácil: sencillamente no escribir.

Pero entonces resulta que queda en la sombra, oculta para siempre, la decisión de no hacerlo. Y esa intención es la que me interesa esclarecer. Necesito decirlo. Empezaré confesando que ya he escrito algo. Algo igual a esto, explicando lo mismo. Perdonen. Tengo dos cuadernos. Uno de ellos dice, en alguna parte...

•
¡Qué absurdo, Dios mío, qué absurdo! Si el libro no tiene eso, inefable, milagroso, que hace que una palabra común, oída mil veces, sorprenda y golpee; si cada página puede pasarse sin que la mano tiemble un poco; si las palabras no pueden sostenerse por sí mismas, sin los andamios del argumento; si la emoción sencilla, encontrada sin buscarla, no está presente en cada línea, ¿qué es un libro? ¿Quién es José García? ¿Quién es ese José García que quiere escribir, que necesita escribir, que todas las noches se sienta esperando ante un cuaderno en blanco y se levanta jadeante, exhausto, después de haber escrito cuatro o cinco páginas en las que todo eso falta?

•
Es bien claro; son sólo dos frases. Una: tengo que escribir porque lo necesito y aun cuando sea para confesar que no sé hacerlo. Y otra: como no sé hacerlo tengo que no escribir.

No obstante, las dos aparecen escritas. Una, por esa mano torpe, pero leal y modesta, a la que nunca he podido detener; y la otra por esa mano consciente y fría, que siempre toma la pluma segura de que lo hace por última vez y que de reincidir será únicamente para contrarrestar el impulso de su enemiga.

A esos dos "yo" quisiera ponerles nombre, familiarizarme un poco con ellos, tratarlos. En apariencia esto carece de sentido, puesto que son yo mismo. Pero es que en realidad, en cierto modo ya no forman parte de mí, ni uno ni otro. Parece que los dos se lanzan a lo suyo, apresurados, despiadados, y yo siento que me van dejando atrás.

•
Hace un momento entró al cuarto mi hijo José. En muchas ocasiones viene a verme cuando estoy escribiendo; me hace preguntas y demuestra interés:

—¿Va muy adelantado tu libro, papá?

¡Adelantado! Me quedo pensando: ¿Cómo puedo adelantar en un libro rígidamente contenido para ocultar esa impotencia de escribir y ésta, mayor aún, de no escribir?

Mi hijo, claro, cree que cada nuevo renglón es un adelanto. No puedo decirle que cada nueva palabra es un machacante retroceso a la primera y que ésta es tan intrascendente e insegura como la última. Que ninguna tiene un sentido importante que la justifique y que todas juntas, las que ya están escritas y las que faltan por escribir, serán únicamente el burdo contorno de un hueco, de un vacío esencial.

—Es novela, ¿verdad, papá?

Y luego, con esa influencia cinematográfica natural a su edad:

—¿Acaba bien?

Lo he despedido violentamente. Abrió sus grandes ojos, asombrado. Confío en que no le habré hecho daño. Confío —¡qué vergüenza escribirlo!— en que deducirá con su joven imaginación generosa: "¡Los escritores son tan raros, tan distintos a los demás!"

•
¡No soy escritor! No lo soy; esto que ves aquí, este cuaderno lleno de palabras y borrones no es más que el nulo resultado de una desesperante tiranía que viene de no sé dónde. Todo esto y todo lo que iré escribiendo es sólo para decir nada y el resultado será, en último caso, muchas páginas llenas y un libro vacío.

•
Yo mismo, que lo sé todo, me he sorprendido solapándome actitudes violentas y arbitrariedades que intento explicarme como propias de quien considera que tiene una más alta misión que la común y corriente de estar al cuidado y al servicio de su familia. Es un feo engaño, yo lo sé. Mi mujer, con su aterradora intuición, lo sabe también y, no obstante, se calla. ¡Pero mis hijos! José, burlado, y Lorenzo, el pobre, tan pequeño aún, reprimido a cada momento por su madre:

—¡Niño, por Dios, cállate, tu padre está escribiendo!

—¡Niño, no molestes a tu padre, está escribiendo!

Yo, profundamente avergonzado de esta cooperación, de este respeto, me revuelvo contra ella, contra él, contra la casa, contra todo.

—¡Haces más ruido tú al callarlo. Déjalo en paz!

Y al niño:

—¡Vete a acostar, no hay quien te aguante!

Y el inaguantable soy yo.

•
—Papá... quiero hablar contigo... ¡de hombre a hombre!
¡De hombre a hombre! ¿Qué supondrá mi hijo que es un hombre? Pienso que él piensa: el hombre lo es en el preciso momento en que tiene ya una mujer.

¡José, José, hijo mío, si supieras lo que es un hombre!

El hombre es... pero, ¿lo sé yo acaso? Lo único que puedo decirte es que el hombre eres tú, José adolescente y amoroso. Y yo, José García, tu padre, que a pesar de mis años sigo tan inseguro y asombrado e interrogante. El hombre es ese mesero que nos detesta y que se burla un poco de la zozobra con que estoy pagando mi consumo, temeroso de que no me alcance el dinero que traigo. El hombre es ese músico de pelo cano y traje raído que mira con avidez el pequeño billete que le mando para que toque, tan mecánicamente como lo hace todas las noches, un vals que casi nadie oye. El hombre es tu madre, que sí lo oye, sólo que ya con una ilusión que se ha ido luyendo a base de años tristes e iguales, de enfermedades, de trabajo, de deudas, de muebles viejos y crujientes. Tu madre, que a pesar de todo eso, hoy tiene en los ojos un tenue brillo y una mínima sorpresa. El hombre es ése, que está en aquella mesa, solo, desaliñado, agobiado, bebiendo con prisa y preguntando si no ha venido

“ésa”. Podría quedarme aquí el tiempo necesario para seguir su embriaguez, para ver a esos dos hombres que hay en él. Pero todo lo sé ya: caminaba por las calles porque no quería ir a buscarla. ¿Sabes?, el hombre tiene siempre un pequeño residuo que lo conforta: su dignidad. Le dice “ésa”, con desprecio, pero “ésa” quiere decir “ésa” precisamente y ninguna otra. ¡Allí está el misterio! El misterio más hondo. Transitan por las calles miles de mujeres, hay mujeres en cualquier parte; pero es “ésa” a la que él quiere; “ésa”, con su boca y sus ojos y sus palabras, “ésa” nada más. Y no puede buscarla porque sabe que para ella, él no es “ése”. Entonces camina y siente un opresivo dolor, un dolor cuyo peso no puede soportar solo. Pero sí con seis o siete copas. Va entonces a un sitio donde es posible que “ésa” vaya también. No irá, pero él la esperará hasta muy tarde, hasta que el alcohol, tan tierno, tan caluroso, tan compañero, le adormezca la dignidad y le dé fuerzas para ir a tocar a una puerta, precisamente una, la que no quisiera tocar jamás. Mañana se sentirá muy mal. Pero hoy y mañana habrá sido eso: un hombre.

El único que tal vez no sea el hombre es el que no se parece a los otros. El que rebasa o no alcanza a los demás. El que crece o se disminuye hasta quedar fuera de las estaturas normales. Ése no, porque pierde la medida cordial de la semejanza.

¡La semejanza! Lo que hace posible el amor.

Recuerdo, por ejemplo, mi decisión de ser marino. Nada en el mundo me hará cambiar de idea —pensaba yo entonces—. Tenía catorce años. Vivíamos en la costa. Una noche, mientras cenábamos, anuncié firmemente mi propósito. Aún veo los ojos de mi madre; expresaban tal congoja, que me dio la impresión de que en el tiempo brevísimo que transcurrió entre mis palabras y su mirada, había presenciado mi destino y contemplaba a un hijo muerto. Pero no dijo nada. Mi padre, en cambio, pronunció un dramático discurso del que sólo pude entender que yo era el único hijo hombre, la esperanza de su vejez y el protector de mis hermanas. Recuerdo que a medida que mi padre hablaba me invadía una especie de asfixia: por lo que decía y por cómo lo decía. Fue la primera vez que sentí el horror de estar encarcelado, condenado sin remedio.

Esa misma noche, cuando todos se acostaron, salí de casa. La playa estaba solitaria y oscura. Me tendí en la arena.

Sollocé inconsolable por lo que se me moría, antes de vivirlo. Sin saberlo, creyendo que lloraba por mí, en realidad lloraba por los dos más agrios dolores del hombre: el amor y el adiós.

Lado B
25' 42''

Me refugié entonces, me hundí, a pesar de mis catorce

años, en una mujer de cuarenta que me acariciaba casi brutalmente. Fue mi primer amor. Hubiera dado la vida por ella, por su voz grave que en la noche, en la oscuridad, me decía queda, tiernamente, las mayores obscenidades. Yo sentía que la cara me quemaba de vergüenza; sentía que iba cayendo, cayendo vertiginosamente al infierno y me quería detener pensando en mi madre, en mis hermanas, que a esa hora dormían tranquilas, con la creencia de que yo lo hacía también, sin saber que todas las noches, tan pronto se acostaban y se iban apagando las luces de sus cuartos, yo saltaba peligrosamente la ventana que daba al patio y me escapaba corriendo, sin descanso, hasta llegar jadeante a su casa. Para “hacerme reponer fuerzas”, según decía, me daba un vaso de aguardiente. En la madrugada me exigía que me fuera. Yo le rogaba que me dejara vivir allí, con ella, para siempre. Pero me respondía que todo lo que me amaba en la noche me detestaba en la mañana y que mi juventud sólo en la oscuridad era soportable. Me iba, pues, me iba maldiciendo mis años y adorando los suyos, que habían dejado en su piel maltratada, en sus gestos, en su mirada, en sus palabras, en su cuerpo rotundo, un regusto de vida, un algo que yo percibía pero que no podía entender ni apresar. Era como si todo lo que decía lo hubiera dicho ya, antes, y yo sólo escuchara el eco; era como si nada me estuviera dedicado, sino que se me daba accidentalmente, durante unas cuantas horas; como si sus caricias no derivaran de su deseo, sino del casual encuentro con mi cuerpo.

Yo percibía todo eso, allá, lejos, en el fondo de mí, y ella, adivinándolo, trataba de hacérmelo olvidar dándole a mi pequeño cuerpo inexperto una categoría de amante elegido, admirado, capaz de proporcionar los más hondos placeres. Y de esto, que me otorgaba cada noche, me despojaba cada mañana, cuando yo estaba convencido ya de mis cualidades extraordinarias y de la eternidad de nuestro amor; eternidad que de pronto rompía un tosco reloj cromado. A las cinco de la mañana, a las cinco y cuarto, a lo más:

—Anda, niño, vístete y vete.

Yo protestaba imperativo, con la seguridad y la arrogancia que me daba el recuerdo de otras palabras, oídas una hora antes. Pero mi protesta y después mi súplica tímida y desvalida se estrellaban contra su repentina frialdad.

—¡Que te largues, te digo, y no vuelvas nunca! ¡No quiero volver a verte en mi vida!

Me daba la espalda y no decía una palabra más. Yo me levantaba asustado, herido profundamente. Con los ojos llenos de lágrimas, sin hacer el menor ruido, me vestía a medias para no tardarme. Enrollaba mi camiseta y mis calcetines y los metía en la bolsa del pantalón. Antes de irme, haciendo acopio de toda mi dignidad, de toda mi hombría, de esa hombría elogiada por ella misma momentos antes, le lanzaba la amenaza que a mí me hacía temblar apenas pronunciada, y que a ella la dejaba indiferente:

—Te juro que no volveré nunca.

Como ni siquiera me contestaba, yo fingía creer que no me había oído y gritaba desde la puerta con la esperanza de

que se suscitara una discusión que me obligara a permanecer con ella un rato más:

—¡No volveré nunca! ¡Nunca! ¿Lo oyes?

—¡Sí, niño, perfectamente; ya lárgate!

Tal vez ningún otro niño habría vuelto, pero yo sí, esa misma noche, inevitablemente, llevándole de regalo un pedazo de aquel tierno pan que hacía mi madre.

Muchos años después la encontré en una cervecería. Por nada en el mundo la describiría aquí. Pero la sensación que experimenté me hizo comprender que sólo en el cuerpo del ser profunda y largamente amado, no percibimos el paso del tiempo, y que el envejecer juntos es una forma de no envejecer.

Yo sólo me doy cuenta de que mi mujer ha envejecido cuando veo retratos. Y ni aun así, porque están tomados en ambientes tan distintos del actual y con trajes tan olvidados, que los miro como si no fueran de ella, como si la fotografía representara a un personaje parecido, pero no a mi mujer. Ella es la que ayer, sentada frente a mí, contemplaba el retrato y se reía de "aquel sombrero extravagante"; o la que hoy me instaba a que no saliera desabrigado porque hacía frío; o la que mañana me reclamará: ¡te lo dije, ya pescaste un catarro!

Sus manos viejas, sus ojos rodeados de arrugas y su pelo canoso, ni me sorprenden, ni me desagradan, ni me hacen recordar su tersura y su negro cabello de otros tiempos. El cambio ha ocurrido con tanta lentitud y tan entrañablemente acompañado del mío, que ni ella ni yo hemos podido notarlo.

Creo que el no percibir brutalmente la destrucción, el aniquilamiento del cuerpo que se ama, es el gran milagro de la convivencia.

Camino por una calle cualquiera. Otros hombres pasan a mi lado. Ni los miro ni me miran. Somos iguales, pero extraños, tan lejanos como si no transitáramos por la misma calle, con el mismo paso y tal vez con el mismo pensamiento. Somos iguales y yo nunca sabré nada de ellos, ni su nombre siquiera. Es entonces cuando me siento extrañamente solo; pienso que los demás se sienten igual y me asalta un casi irresistible deseo de detener a alguien y pedirle con naturalidad y con mi tierno calor humano, ¿con qué cosa mejor?, que hablemos un rato.

¿Qué me impide hacerlo? ¿Qué timidez o qué dureza me detienen? ¿Qué frío paraliza mis manos tan dispuestas a tenderse y estrechar otra cualquiera, sin selección, sin premeditación ni antecedente? Pero no lo hago, no lo he podido hacer nunca. Y el impulso se me queda dentro, quieto, silencioso, sin atreverse a vivir, que es como morir antes de la hora.

Camino un poco más, dejo pasar todo. Apenas si miro

de soslayo en torno mío. Y llego a mi casa con la sensación de un gran vacío que pudo llenarse con sólo decir una palabra o tender los brazos.

No es una forma de piedad, de conmiseración a los demás. Quiero que se entienda; es, por lo contrario, una avidez, un incontenible anhelo de hombres, de voces, de vidas.

Entonces me hundo en mí mismo. Pero yo soy para mí como un pequeño sitio visitado anteriormente, conocido, repasado, caminado hasta la última fatiga. No obstante, es allí, es a mí mismo a donde llego siempre y me detengo para hablar.

—Deberías haberle preguntado algo, cualquier cosa, a aquel hombre que parecía tan desdichado. Tal vez estaba solo; tal vez, como tú, tenía necesidad de hablar; deberías haberlo hecho; deberías hacerlo todos los días. Piénsalo, sería como viajar. Tú no viajarás nunca, José García. Tú no podrás decir, dentro de algunos años: "eso me recuerda lo que vi una vez en tal lugar". Pero sí podrás recordar: "... lo que me dijo tal día aquel hombre..."

Lorenzo está enfermo otra vez. ¡Qué haré, qué haré con esa criatura! Es injusto, pero a veces siento molestia al ver a José tan sano, tan alto, tan fornido. Me parece que soy culpable de un mal reparto. Acabamos de inyectarlo y darle un baño para que le baje la fiebre. ¡Qué raquítico, qué indefenso! Se le señalan todos los huesos.

Mi mujer se ha quedado con él, cuidándolo. No tengo sueño; he tomado mucho café, me siento nervioso. Me avergüenza estar escribiendo, tener ganas de escribir, pero así es. No podría hacer otra cosa. Emborracharme tal vez. Pero ni pensar ahora en eso. ¡No, no, ni pensar!

Ahora sé que en estos dos solemnes momentos del hombre, cuando nace y cuando muere, nadie puede acompañarlo. Y lo sé porque, como siempre, ella, mi mujer, que sabe todo lo que no tiene que aprenderse, me lo reveló sin darse cuenta:

Una noche que José lloraba, le pregunté:

—En esos momentos, mientras nos amábamos, dime la verdad, ¿pensaste en el niño?

Y ella me contestó con voz queda, acercándose a mí:

—En esos momentos no pienso.

—Yo tampoco —le contesté para no avergonzarla en su amor. Pero después para avergonzarla en su maternidad inconsciente, igual que yo lo estaba en mi paternidad, dije con toda intención:

—¡Pobre niño!

Fue cuando ella repuso inmediatamente, convencida:

—Pobre niño si en esos momentos hubiéramos pensado en él; creo que jamás nos perdonaría la premeditación.

Sentí como un golpe. Después, también como un golpe, sentí que ella tenía la verdad. Y supe que era la verdad porque me tranquilizó y me cerró de pronto el camino.

Desde esa noche pude ver a mi hijo alegremente. Porque,

claro, no es la conciencia, sino el olvido de la conciencia, lo que abre la puerta al milagro. La más ligera sombra de conciencia en ese gran momento misterioso, equivaldría a la soberbia máxima. Y no es la soberbia, sino el estado de gracia, lo inefable, lo jamás pensado, la inocencia total, lo que nos permite soportar la aterradora verdad de que hemos dado vida a un ser consciente.

No soy el héroe de mi hijo. No he podido serlo. Al principio le parecía interesante y misterioso que todas las noches me encerrara a escribir. Esperaba mi libro, y con él, al padre del que hubiera podido enorgullecerse. Ha pasado mucho tiempo. No le importa ya. Como tiene toda la vida por delante, no ha aprendido a esperar.

No lo culpo de nada. ¿Cómo va a pensar que lo entiendo si para hablar de su amor menciono edades y estudios? Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Hay un lenguaje de años, de experiencia, que es el obligatorio, el entrañable y leal, y que, no obstante, resulta frío y árido. Un lenguaje sabio, el único adecuado, pero que en vez de acercarnos, nos aleja de aquellos a quienes tratamos de proteger con él.

Yo lo entiendo y me avergüenza usarlo. Mi impulso sería decirle: lo que tu sentimiento considera esencial, eso es lo esencial. No hagas caso de mis consejos; la experiencia está al final del camino y yo no debo quitarte ni el gusto del camino, ni la triste riqueza que vas a encontrar cuando lo hayas recorrido. Porque la experiencia es eso: una triste riqueza que sólo sirve para saber cómo se debería haber vivido, pero no para vivir nuevamente. Yo podría protegerte, pero ¿te interesa mi protección? Lánzate a tu vida desnudo, inexperto, inocente. Y sal de ella maltrecho o victorioso. Eso, al fin y al cabo, es igual. Lo importante es la pasión que hayas puesto en vivirla.

Una noche, durante la cena —Lorenzo ya se había acostado—, José nos dijo:

—¡Ya estarán contentos; terminé con Margarita!

Vi que le temblaban los labios y que hacía esfuerzos por no llorar. Sentí una gran pena y me apresuré a explicarle:

—Yo no estoy contento de algo que te cause dolor, hijo, pero...

Ella me interrumpió:

—Yo sí, contentísima. Comprendo que es un dolor, pero te faltan muchos, José.

El pobre muchacho nos miró con los ojos llenos de lágrimas. Yo estaba indignado por la dureza de mi mujer e iba a decir algo que suavizara sus palabras, pero ella se adelantó:

—Te falta el de ver llorar a un hijo.

Y entonces ocurrió algo que me dejó aislado, como si fuera yo un extraño que nada tenía que hacer entre ellos: José corrió hacia su madre y la abrazó con tal ansiedad que parecía que, al mismo tiempo, se aferraba a su infancia y se despedía de ella. Mi mujer cerró los ojos. Comprendí que en ese instante los dos estaban lejos de mí, como fuera del mundo.

Fue sólo un momento, porque ella, sorprendiéndome otra vez, cortó en seco la emoción de su hijo:

—Anda, a dormir; y saca de una vez lo que te vas a poner mañana...; luego andas a las carreras.

—Sí, mamá —dijo él dócilmente, como un niño.

De mí se despidió a la ligera.

—Buenas noches, papá.

No recuerdo si le contesté.

Mi mujer empezó a levantar los platos; yo la observaba. Quería decirle algo, pero otra vez temía hacerle daño. Finalmente me decidí:

—¿Crees que José no volverá a ver a esa mujer?

—No, ¡qué voy a creer!; la buscará mañana mismo. No puede hacer otra cosa el pobre.

—Pero... ¿y entonces?

—Lo volveré a regañar. Yo tampoco puedo hacer otra cosa.

Después, sin transición, como si no hubiera sucedido nada:

—Acábate ese café, ya debe estar frío.

Por primera vez desde hacía muchos años, mentí a mi mujer. El corazón me latía fuertemente mientras le explicaba, con más detalles de los necesarios, que no había podido encontrar una diferencia y que iba a quedarme después de las horas de oficina para revisar varias partidas.

¡Me había buscado una mujer! Iba, pero no precisamente a encontrarme con ella, sino conmigo mismo.

No sé si la silenciosa actitud de mi mujer era correcta. Sin duda lo era para nuestro matrimonio, para nuestros hijos. Para mí, para mi desesperación y mi impotencia, era despiadada. Yo así lo sentía.

Puede uno escuchar y soportar los reproches, lo insostenible es no escucharlos y saber que están allí, mudos, hiriendo el corazón de una mujer que nos quiere y que con su silencio trata de retenernos a su lado, porque sabe que ése es nuestro sitio.

Hubiera dado cualquier cosa por oír un día su queja, o su llanto, o su injuria. Sentía impulsos de matarla cuando fingía creer que iba yo a cenar con el jefe de personal, y me decía:

—Ponte el traje negro, ya te lo arreglé. Debes presentarte bien.

Hay en esas mujeres resignadas, en eso que llaman la actitud digna para conservar el hogar, una inconsciente y refinadísima crueldad. Tal vez para algunos hombres esa actitud resulte cómoda. Para mí era insostenible y me provocaba un dolor distinto a todos los que había sentido. Era un dolor iracundo, envenenado, porque me parecía que era ella la que me estaba traicionando. No puedo explicarlo bien. No encuentro palabras.

Yo no confesaba mi infidelidad porque tenía que suponer que ella la ignoraba; pero si la conocía ya y deliberada-

mente fingía ignorarla, me estaba marcando el camino y me obligaba a seguir mintiendo. Y corresponder a mi mentira con atenciones y cuidados, me parecía la más elaborada de las venganzas. En esos momentos la aborrecía con todas mis fuerzas. Ésa es la verdad.

José García, lee tu cuaderno, borra esas frases absurdas y presuntuosas y sustitúyelas con la única que realmente te es posible firmar: "No puedo dejar de escribir." Confiesa que tu necesidad de hacerlo es más fuerte que tú, olvida tu desorbitada ambición de escribir un libro que a todos interese; acepta tu verdadera medida y comprende que si no has escrito otra cosa es porque sólo puedes referirte a lo que es tuyo: los recuerdos que estremecen, contentan o lastiman tu corazón, los opacos sucesos de tu vida diaria y tu relación con unos cuantos seres humanos que coincidieron en tu pequeña órbita. Es lo único que te pertenece, lo único que conoces, lo único que comprendes y, por tanto, lo único que puedes expresar. Tal vez logres algún día inventar un suceso. Lo que no lograrás inventar es la emoción que te habría producido ese acontecimiento si lo hubieras vivido. En un dolor inventado, aunque lo derives del más patético y desgarrador de los sucesos que imagines, jamás podrás poner el calor, la verdad que tal vez logres imprimir en el relato que hagas de un triste acontecimiento que te pertenezca.

En rigor, es de tu realidad de lo único que puedes hablar. Y si de ella no te es posible extraer lo que requieres para un libro distinto y trascendente, renuncia a tu sueño. Y si no puedes dejar de escribir, continúa haciéndolo en este cuaderno y luego en otro, y en otro, siempre secretamente, hasta el día de tu muerte.

¡Si mi Lorenzo no fuera tan pequeño aún! Él también se esconde en los rincones menos accesibles de la casa y pasa horas enteras absorto, fascinado ante quién sabe qué. Él también tiene y oculta varias libretas en las que ha dibujado unos animales que inventó. Un día que yo estaba enfermo entró a mi cuarto, se sentó al borde de mi cama y me dijo que si no se lo contaba yo a nadie más, me enseñaba sus animales y me decía el nombre de cada uno. ¡Qué dolor me causaron sus pocos años que me impidieron contestarle: y si tú no se lo cuentas a nadie, voy a leerte todas estas páginas que no me ha sido posible dejar de escribir! Pero, ¿qué habrá sido de mí cuando él tenga la edad necesaria para poder decirle esto? Y sobre todo, ¿qué habrá sido de él mismo? ¿Seguirá conservando su fantasía, su recato, su silencio y su capacidad de asombrarse ante las cosas que los demás no perciben? ¿Seguirá considerándose digno de conocer lo que él imagina y denomina? ¿Daría algo porque Lorenzo hubiera sido mi primer hijo! Pienso en el tiempo como dramático abismo entre yo y él, que es la única persona que podría acompañarme en esta particular soledad. Si me muero antes de que él pueda entenderlos, le dejaré mis cuadernos. Cuando llegue a estas líneas sabrá que pudo haber sido el único testigo de esta parte secreta de mi vida.

Pero quizá viva yo algunos años más y quizá él no cambie demasiado. ¡En nada he puesto nunca más ferviente esperanza!

De mí, ¿qué podría decir? Nada, no sé, no sé lo que me pasa. Pero en este instante, después de haber imaginado una libertad que tal vez me permitiría escribir, que es una forma de expresarme, pero que me impediría vivir mi realidad diaria y entrañable, que es otra esencial forma de expresión, sé que antes que escritor, suponiendo que llegara a serlo, soy lo que he sido y seré siempre: un hombre que necesita escribir y vivir encerrado en su cárcel natural e intransferible.

¿Cómo iba yo a saber que la acumulación de esos "mañanas" que ni siquiera distinguía, y que sin notarlo ya eran "hoy" y "ayer", harían pasar no sólo el tiempo, sino mi tiempo, el único mío?

¿Quién va a vigilar el tiempo y a medirlo entre esa serie de sucesos cotidianos, de tiernos proyectos, de deberes inaplazables, de fechas tristes, de otras ansiosamente esperadas, de otras perdidas en otras y en otras más, iguales siempre, que forman la vida del hombre común?

¿Cómo iba yo a pensar en la trascendencia y el peligro del paso del tiempo, cuando un día de febrero exclamaba abrazando a mi mujer: "¡En octubre, antes de que nazca el niño, nos cambiamos a una casa más grande, que tenga sol!"?

¡Nueve meses, nueve meses de mi propia vida que para mí no significaban más que la espera de mi hijo y la oportunidad de instalarlo en una casa amplia y asoleada! Si entonces pensaba en el tiempo, así, como concepto aislado e inexorable, era sólo para desear que pasara rápidamente.

Y después igual: que pasara rápidamente para que el niño creciera; que pasara cuanto antes para acumular más años de servicio y tener derecho a mejor sueldo; que pasara de prisa cuando mi mujer sufrió tanto con su segundo embarazo; que pasen los meses para que acabemos de pagar las deudas pendientes; que pase, que pase el tiempo para que Lorenzo salga al fin de tantas enfermedades de infancia.

Y así, deseando que pase el tiempo para que pasen también los problemas diarios que nos agobian, nos encontramos un día con que ha pasado nuestro tiempo.

Ya debe ser muy tarde, porque mi mujer ha encendido la luz. Es su forma de avisarme que se despertó y que debo irme a dormir. No tengo sueño. Quiero seguir escribiendo. Mejor dicho, empezar a escribir, porque esta noche el tiempo se me ha ido en fantasías, en divagaciones, en recuerdos. No es así, lo sé perfectamente. Si encontrara una primera frase, fuerte, precisa, impresionante, tal vez la segunda me sería más fácil y la tercera vendría por sí misma. El verdadero problema está en el arranque, en el punto de partida.

Esa luz, ¡qué fastidio! En fin, voy a acostarme y a seguir pensando. Tengo que encontrar esa primera frase. Tengo que encontrarla.